

de los hombres ignorantes é indecisos, se dejan dominar por aquél que tiene más ventajas sobre ellos, instintivamente le obedecen aun sin comprender en el fondo las razones de tal autoridad.

Hay á más de lo dicho: otro hecho que prueba la necesidad de mando y obediencia; el orden. Todo en la naturaleza está ordenado, la especie humana no podía ni debía escapar á ese orden, con más razón, cuando que es inteligente y libre; de aquí la necesidad de orden en las familias, en las naciones y en la humanidad; mas el orden presupone ordenador y ordenados, es decir, mandato y obediencia.

Aplicando los principios sentados á la educación, conoceremos desde luego que bajo el punto de vista de la superioridad de mérito, el educando está subordinado al educador, y que lo está igualmente bajo el punto de vista del orden.

La autoridad, es, pues, un elemento de educación.

Todavía más. Es de la naturaleza del hombre, y en especial en su primera edad, abrirle el corazón y el alma, para recibir los gérmenes de enseñanza moral é intelectual, á quien sabe insinuarse en ellos y dominarlos dulcemente, dominio que exige autoridad. No hay dominio sin autoridad. La educación está fundada en el sentimiento de mérito y superioridad física, intelectual y moral, que el educador tiene sobre los educandos, y el dominio que sobre ellos ejerce, nace de esa superioridad que lo autoriza á mandar.

Educar es desenvolver cada individuo en toda la

perfección de que es susceptible, y éste fin de la educación no se cumple sin autoridad.

Sin autoridad, no hay educación posible.

36. — ¡La enseñanza deberá ser dogmática ó libre?—La mayor parte de los filósofos y pedagogos modernos se declaran por la enseñanza libre, anatematizando la enseñanza dogmática en largas y brillantes disertaciones.

«Cuando los hombres recibían su credo y sus interpretaciones de una autoridad infalible que no se dignaba conceder explicaciones, era natural que la enseñanza de los niños fuese puramente dogmática. Cuando prevalecía la máxíma: *Creed y no preguntéis*, era lógico que se le adaptase en las escuelas; pero hoy, que por el progreso de la ciencia se ha conquistado para el hombre el *libre exámen*, y se ha establecido la práctica de apelar á la razón, es natural que la instrucción dada á la juventud, tenga la forma de exposición dirigida á la inteligencia.»

Esta opinión de Spencer, resume cuanto han dicho los enemigos de la enseñanza dogmática, más éstas observaciones, tienen el defecto de no estar conformes con la realidad.

No pretendemos defender la enseñanza dogmática con su rígida forma de preceptos y castigos, con su autocracia ilimitada y su veneración á la palabra del maestro. *Magister decit*, es la frase que encierra el dogmatismo, mantenido por disciplinas, varas, palmetas, encierros y otras torturas repugnantes; nos parece que tal sistema no podía llenar satisfactoriamente el objeto de la educación, que es, como hemos visto

antes, el desenvolvimiento de todas las facultades del hombre en orden al bien. Bajo su régimen, la inteligencia tenía que perder por fuerza su actividad y hacerse esclava; el juicio tendría que ser inexacto, vago el raciocinio, deprimido el carácter y sin vuelo la razón. Conocemos los defectos que sus impugnadores señalan, y hasta apuntaríamos otros que ellos no han enumerado; pero tenemos que confesar que tampoco somos partidarios decididos del *libre exámen*, por más que Spencer, nos diga que es un medio excelente de disciplina intelectual y moral, que hace independiente el juicio, que ejercita también la perseverancia y la sinceridad, etc.

La primera razón que encontramos para no admitir del todo el *libre exámen*, es que la humanidad, como ya lo hemos dicho más antes, por la desigualdad física, moral é intelectual que le caracteriza, necesita de la autoridad. Estaría loco el que creyera de buena fé que á Napoleón, enseñando el arte de la guerra, á Newton el de las matemáticas, á Nelson el de la navegación, á Miguel Angel el de la pintura y escultura y á Beethoven el de la música, les pudiera objetar seriamente alguno de sus oscuros discípulos, poniendo en tela de juicio los conocimientos que sus disposiciones, edad, práctica y talentos, habían alcanzado. ¿Qué razón tendría el niño de siete años para decir á su profesor que por el *libre exámen*, había encontrado, que la gramática no es el arte de hablar y escribir correctamente un idioma, que la aritmética no es la ciencia de los números, ni la historia es la relación de sucesos pasados. ¿No sería risible que un cerebro

desprovisto de un buen número de datos, quisiera corregir aquello en que han trabajado millares de brillantes talentos? Lo propio diríamos del jóven estudiante que sin suficiente experiencia, ni sentado juicio, con escasos y rudimentarios conocimientos, se pusiera á examinar los grandes principios de la ciencia, del arte y de la religión, para enmendarles la planta á los maestros en tales materias. El discípulo, por su escasez y superficialidad de conocimientos, así como por la debilidad de sus facultades mentales, tiene que admitir, y de hecho admite instintivamente la palabra del maestro, su razón individual no puede apartarse de la razón general, so pena de extraviarse; lo que le compete no es el *libre exámen*, es comprobar las verdades enseñadas por el maestro, asimilárselas á fuerza de labor, fecundizarlas y sacar, por sí mismo, deducciones; más tarde, ya formada su inteligencia, rica de saber y de experiencia, podrá entonces por el *libre exámen*, buscar nuevos caminos á la ciencia é impulsarla al progreso; de aquí que nuestra época esté llena de tantas y tan disparatadas opiniones sobre toda materia; de aquí los descabellados juicios que magistralmente se formulan acerca de los conocimientos más difíciles; de aquí el embrollo en las cuestiones y la diversidad de sistemas, la confusión en todo, y la corrupción y decadencia que se nota en las letras. El que ha leído un compendio de filosofía, se cree por esto, superior á Pascal y Bossuet; el alumno de un colegio superior que ha estudiado, por ejemplo, Jurisprudencia, se cree igualmente, ser tanto ó más sábio que Grocio y Montesquieu.

Diremos además, que si se desecha la autoridad, si se desprecia la palabra del maestro, por antipatías al dogmatismo, caeremos en este absurdo: Puesto que rechazamos el *Magister decit*, y creemos á nuestra razón individual, capaz, por su propia fuerza de encontrar la verdad en todas las ciencias por el *libre exámen*, puesto que por él mi razón ha de comprobar todos los conocimientos, sin cuyo requisito no admitiré ninguna verdad; síguese de aquí, que cada hombre debe emprender por sí sólo todo el trabajo que ha hecho la humanidad, hasta alcanzar de nuevo la civilización; esto no es posible, luego entónces es necesaria la educación, que no es otra cosa que el compendio de toda la cultura alcanzada por las anteriores generaciones, y transmitida por la palabra del maestro, que sirve de intermediario entre el pasado y el presente, entre lo que sabe la humanidad y lo que debe aprender todo hombre; pero éste intermediario deberá estar investido de autoridad, pues ya hemos visto que sin autoridad no hay educación posible; por lo tanto, se concluye que la enseñanza deberá ser por su propia naturaleza dogmática.

No terminaremos la presente cuestión sin transcribir las siguientes juiciosas observaciones de Janet:

«No hay discusión entre los hombres, en sociedad, en la vida pública, en el foro, etc., sin que cada cual cite en pro de su parecer, lo que llaman *autoridades*. Hasta en las ciencias, cuando se trata de materias que no conocemos, todos nos referimos al testimonio de los sábios. No necesitamos haber demostrado por nosotros mismos, los teoremas de la

Geometría, ni haber experimentado tal o cual ley de la naturaleza, para creer la verdad del teorema ó de la ley; así pues, por más que diga Pascal, no son sólo las ciencias históricas las que necesitan la autoridad del testimonio: son todas las ciencias, cuando no tenemos tiempo para cultivarlas nosotros mismos, ó en aquellas partes que no son de nuestro dominio; y más aún, hasta en aquello en que cada cual puede creerse competente, «en materia de moral, de pedagogía, de política, de literatura; la autoridad de un hombre brillante es siempre imponente.»

Creemos que lo expuesto probará, que el dogmatismo absoluto, es un falso principio, pero que también lo es el *libre exámen*, tomado igualmente en lo absoluto.

Somos de opinión, que el enlace de éstos dos principios es lo que más se acerca á la verdad. Debemos, pues, aceptar el *dogmatismo*, pero sin la importancia que se le dió en épocas pasadas; pero también debemos aceptar el *libre exámen*, sin las preocupaciones que en favor de éste tiene la filosofía moderna.

Aquí deberíamos entrar en el estudio del lenguaje, considerado como instrumento educador, no lo haremos así, porque le tenemos reservado á tan importante materia capítulo aparte, en donde la trataremos con alguna extensión.

Para terminar, y como un apéndice á este capítulo segundo, trataremos dos cuestiones que completan la materia que acabamos de exponer; y son las siguientes: La educación debe ser harmónica» ¿La educación es un procedimiento natural ó artificial?

37—La educación debe ser armónica—

En la naturaleza física se encuentran íntimamente unidos por leyes necesarias todos los órdenes de existencias de que se compone el mundo material. El reino inorgánico es condición del reino vegetal y animal y unos y otros se completan recíprocamente estableciendo armonía.

Este orden que se observa en la naturaleza, se encuentra también en el mundo espiritual y en el hombre, ser armónico é imagen de la suprema causa.

En efecto, hemos visto que el hombre está dotado de facultades que corresponden al orden armónico de la naturaleza física, y al orden armónico de los bienes; en tal virtud, esas facultades, capaces de comprender el orden armónico del Universo, crear y mantener el orden armónico del bien, deberán de estar, no solo en armonía consigo mismo, sino también desarrollarse armónicamente, y en este desarrollo consiste la verdadera cultura humana.

Desarrollarse, hemos dicho, desenvolverse, elevarse armónicamente. Que el alma y el cuerpo se desarrollen paralelamente en la vida, que exista siempre un perfecto equilibrio entre ambos, que no se excluya ni se desprece nada en ese todo que se llama hombre, que no se sacrifique el cuerpo al espíritu, ni éste á aquél, la inteligencia al corazón ó viceversa, la razón á la fe, el juicio á la memoria; que se perfeccione armónicamente todo lo que es humano; por la educación, porque ésta no es una obra de comprensión ni de exclusión, sino de expansión y de armonía, un to-

do, una unidad, no una serie de operaciones aisladas y de disciplina especial. Hé aquí la última y gran concepción á que ha llegado la ciencia educativa. (1)

Hemos visto que la armonía resulta de la naturaleza del hombre. Ampliemos más esta materia.

Las leyes que rigen el organismo humano deben regir igualmente la obra del hombre, toda vez que ésta obra no es más que un producto natural de aquél; y si pues, la armonía es la ley de todo organismo, ésta deberá ser necesariamente la ley de toda actividad humana; la educación es una de las formas de esta actividad, en consecuencia, debe ser armónica.

Entre los tres poderes ú órdenes de existencia que forman al hombre, á saber: el físico, el moral y el intelectual, hay tal dependencia y solidaridad, que no puede desenvolverse exclusivamente uno de ellos sin que los otros se menoscaben ó destruyan; si se desenvuelve exclusivamente la parte física, se atrofiarán la moral é intelectual, si al contrario, éstas se desenvuelven exclusivamente se atrofiará la primera; es necesario que se desarrollen armónicamente, que marchen equilibrándose, que las unas respondan á los progresos de las otras, para que así se cumpla la ley de todo organismo y el fin de la educación.

Esto que sucede en el individuo, sucede también en la humanidad. Una sociedad no progresa, no se perfecciona, si los miembros que la componen no reúnen sus fuerzas y las armonizan para el bien común. "El desenvolvimiento de la humanidad, dice

1 Mandamientos de la educación.

Roger de Gunps, á través de los siglos, es el resultado de la acción *combinada* de todos los descubrimientos individuales, es y reúne en sí las mismas circunstancias que las partes en la vida de un cuerpo organizado".

La pedagogía moderna ha comprendido que el desenvolvimiento armónico de las facultades del niño es en gran manera interesante y por esto establece tal principio como fundamental.

La educación armónica es la que hoy se dá en las escuelas de todos los pueblos civilizados.

33.—¿La educación es un procedimiento natural ó artificial?—A primera vista y desde luego se puede afirmar *á priori*, que la educación es más un procedimiento natural que artificial.

Examinando la cuestión confirmaremos tal opinión.

Todas las ideas de unidad, número, tiempo y causalidad, que expresan cosas insensibles, como las de extensión, resistencia, color y movimiento, que expresan cosas sensibles, las adquirimos intuitivamente, esto es, sin reflexión y antes de que el espíritu se encuentre capaz de este acto. No cabe duda que tales ideas existen en nosotros desde la primera edad, debidas solo á la experiencia de nuestros sentidos, aunque más tarde, desarrolladas por la reflexión. Es cierto que todas las sensaciones que recibimos por los sentidos son al principio débiles y confusas y sólo se perfeccionan mediante la repetición de los mismos actos. Un niño no vuelve la cara al oír sonar su nombre sino después que lo ha escuchado muchas veces; toma igual-

mente la dulce y agradable leche, como el más amargo purgante sin dar muestras de gran disgusto. Se lleva á la boca lo mismo la cáustica cebolla que el *caramelo* sin que su paladar distinga bien el sabor de uno y otro. Lo mismo toca y se entretiene igualmente en pasar sus manecitas sobre la áspera superficie de las lozas que pavimentan el patio de su casa, como sobre la tersa y pulida cubierta de marmol que adorna una mesa. Oye con el mismo placer el ronco sonido de la trompeta conque le entretiene su aya, que las dulces y delicadas notas del violín ó la flauta. Mira con el mismo interés el agua enfangada y pestilente, que el más cristalino arroyo. Lo mismo es para él que le den dos ó tres manzanas, lo que prueba que no tiene idea del número. Se le ve á menudo intentar coger la luna con las manos, lo que indica que no posee la idea de extensión. Muchas veces le sucede que atraído por la brillante flama de la bujía trata de cojerla y se abrasa, lo que manifiesta que no tiene idea de causalidad; y así puede decirse de las demás ideas enumeradas antes. Sin embargo, llega un momento en que atiende cuando se le llama, en que rechaza el purgante, prefiere el marmol á la loza, gusta del sonido del violín, y se tapa los oídos al de la corneta, aparta la vista de las aguas cenagosas y le agradan las claras fuentes; en que llora cuando solo le dan dos manzanas, si ha visto tres ó más, en que solo intenta coger lo que está al alcance de su mano, y en fin; en que ya no se abrasa con la llama de la bujía. ¿Qué prueba ésto? Que á fuerza de repetir diariamente los mismos actos, sus sentidos se han perfeccionado transmitiendo á su

espíritu más claras y precisas las sensaciones, y esto se ha efectuado de una manera inconsciente; que del mismo modo ha llegado á las ideas de unidad, número, tiempo, causalidad, extensión, resistencia, color y movimiento; en una palabra que los sentidos y el espíritu se han educado naturalmente, y sin intervención del arte.

Si las razones antes dadas no bastan para probar nuestra opinión, es oportuno recordar aquí la experiencia de aquel ciego á quien Cheselden, distinguido cirujano de Londres, curó de las cataratas, experiencia que se cita á menudo en los tratados de filosofía bajo el nombre de ciego de Cheselden, y que después fué renovada en Italia, por el Profesor Jacobo Pavía, obteniendo los mismos resultados que el facultativo inglés.

Los fenómenos, resultado de aquellas experiencias, fueron las siguientes:

1.º Cuando comenzó á ver el ciego, creyó que los objetos tocaban la superficie exterior de sus ojos.

2.º Le costó mucho trabajo el concebir que hubiese otros objetos más allá de los que él veía; no acertaba á distinguir los límites; todo le parecía inmenso.

3.º Los objetos se le presentaban en tal confusión, que no los distinguía, fuera cual fuera su forma y magnitud.

4.º No reconocía con la vista los objetos que tenía conocidos con el tacto.

Esto manifiesta muy á las claras que todos los sentidos, en los primeros momentos de su ejercicio no nos comunican ideas claras y exactas, y además, prueba que no están relacionados los diversos

órdenes de sensaciones que recibimos por ellos, sino que llegamos á relacionarlos con la práctica y sin que nos apercibamos de ello.

Si nós fuera dable medir los conocimientos que en cualquiera edad adquirimos sin los recursos del arte, sin los libros y sólo de una manera espontánea y natural, por la sólo actividad del espíritu, ya ante los espectáculos de la naturaleza, ya en la sociedad con nuestros semejantes; nos asombraríamos; una simple prueba nos podrá dar á conocer que la naturaleza el un excelente institutor y de qué medios, procedimientos y método se sirve para educarnos, procedimientos y método que debíamos estudiar profundamente para formar, basados en ellos, el verdadero y único método racional de educación.

Un niño de siete años, por ejemplo, puede hacer un sencillo discurso en el que se encuentran ideas físicas, metafísicas y morales, y un tesoro de conocimientos mayores de lo que se puede figurar. "Mi papá, dice el niño, me castigó ayer porque no quería ir al colegio." Aquí hay las ideas de causalidad, de propiedad, de acto de voluntad, de acción, de espacio, de autoridad, de pena, de fin y de justicia.

Idea de propiedad, *Mi*. De causalidad, *Padre*. De pena y de acción, *castigó*. De autoridad, *Mi padre me castigó*. De tiempo, *Ayer*. De acto de voluntad, *Porque no quería*. De espacio, de motivo y fin, *ir al colegio*.

Creemos que lo dicho basta para probar que la educación es natural y espontánea y que á ella se une el arte para completarla; de manera que la educación es á la vez un procedimiento natural y artificial.